

Ponencia *Contra la igualdad de oportunidades*, de César Rendueles.

Me ha interesado mucho la lucidez que emana de las palabras de Cesar Rendueles tratando de desmontar el entramado hegemónico legitimatorio que representa la igualdad de oportunidades y la meritocracia. Lo hace con un planteamiento que pudiéramos definir como la búsqueda de una reversión de aquello establecido durante tantos años en sociedades avanzadas como nuestra cultura occidental. Rendueles nos dice que estamos acostumbrados a que la virtud resplandezca sobre la mediocridad y lo malo. La genialidad contrasta con lo torpe y rutinario. Se establecen estas diferencias desde la antigüedad, sin haber pensado en otro modelo de sociedad. Estamos acostumbrados a que los necios se conjuren contra los genios.

Son elementos elitistas propios de la desigualdad, de la subjetividad individual y colectiva de las sociedades occidentales. Todo ello se basa en cambios y ajustes de mentalidades, pero también de reestructuraciones económicas. Estas están marcadas por la globalización no liberal que ha provocado el aumento de la desigualdad.

La desigualdad estructural coloniza nuestro pensamiento, subjetividades y maneras de vivir. Hay un engarce con los momentos históricos que se rastrea en diferentes momentos del siglo XX, especialmente tras la segunda guerra mundial. Desigualdades que crean distanciamientos entre ricos y pobres generando numerosos conflictos. Dice Rendueles que la desigualdad se mete bajo la piel y altera nuestras conductas.

El elitismo es tan antiguo como la democracia y es muy similar a las antiguas democracias clásicas. Son los mismos argumentos que empleaban los enemigos de la democracia, por ejemplo, para la perspectiva *isofóbica*, miedo y odio a la igualdad. Del igualitarismo surge del rencor, la envidia de los talentos y desprecio por la diversidad. Flaubert lo resumía así: “la masa, la cantidad, el ganado, siempre serán despreciables. Lo único que importa es un número reducido de espíritus que siempre son los mismos y se pasan la antorcha unos a otros”.

El elitismo se ha generalizado, el ganado, la masa y los mediocres, también han compartido los valores elitistas. Se observa en la cultura popular. La universalización del elitismo ha tenido lugar de una manera peculiar, convirtiéndose en la igualdad de oportunidades.

La igualdad de oportunidades es un proyecto meritocrático, lo que supone un malentendido. Para Rendueles la aristocracia puede traducirse por meritocracia. Habla de un argumento clásico de los reaccionarios de principios de siglo XX. Hoy no aceptamos que la nobleza de sangre sea un mérito para ostentar un privilegio. La meritocracia es lo que queda cuando se renuncia a la igualdad real sin privilegios. Los privilegios de las élites se basan en el mérito.

La igualdad de oportunidades significa dar a cada cual lo que merece. El igualitarismo clásico no propone esto, sino lo que necesita tomar de cada cual según sus capacidades. Las élites se envuelven en mitos para justificar la meritocracia que proponen. Las desigualdades sociales son degradantes para quien las disfruta y padece, para ambos, impiden llevar una vida buena.

Para el igualitarismo profundo la igualdad no es un punto de partida si no un objetivo final. Es la democracia cultivada sistemáticamente como forma de vida. Tratan

de imponernos que la meritocracia es buena para todos. El premio es para desarrollo del talento. Es de lo que nos quieren convencer, estableciendo diferencias entre unos y otros, en función, por ejemplo, a las cualificaciones.

La justificación de la desigualdad se hace porque quien las hace está en condiciones de hacerlas. Quien tiene algo que ofrecer a la sociedad no lo haría sin privilegios o contrapartida a su esfuerzo. La meritocracia para Rendueles es un chantaje comparativo. Se da a menudo, pero solo en un contexto competitivo que es el de nuestras sociedades de mercado.

En sociedades antiguas se acepta el liderazgo si es justificado, por ejemplo, cuando se ayuda a los demás. La meritocracia tiene el mercado en el centro de la sociedad, convirtiéndose en un ideal político. Hay pautas recurrentes en sociedades en las que los valores meritocráticos crecen fuertemente en paralelo a los procesos de mercantilización mundial, como en los años ochenta del siglo XX.

El aumento de la desigualdad crece a la vez que se da un crecimiento rápido de la creencia en los valores meritocráticos. La meritocracia no es un sistema de selección social, de movilidad, sino de legitimación de los privilegios que crea la mercantilización. La cultura del esfuerzo, la exigencia crea la competencia, estableciendo ganadores y perdedores.

El igualitarismo profundo es incompatible con la competición y la meritocracia. No quiere solo derecho, sino que sobre todo busca el compromiso y no la desigualdad y la competencia. La igualdad tiene que ver con una manera de entender la naturaleza humana y social, en las que hay umbrales mínimos para la vida digna que vienen establecidos por sistemas de obligaciones colectivas y no individuales. De ahí la importancia de la recuperación de los proyectos igualitarios en el contexto actual.

Como resumen final a tener en cuenta, es importante comprender que los proyectos igualitaristas nos ofrecen la oportunidad de poseer algo tan importante como aquello que *es suficiente*.

Javier F. Granda